

so literario no se comunica una visión de mundo, no se "dice" como con el lenguaje filosófico (eminente referencial), sino que se "pone de manifiesto sin decirlo".

La posibilidad de una filosofía original, concluye Barceló, se fundará en cuanto el hombre hispanoamericano logre adquirir conciencia que no es únicamente un animal político-económico y se abra a partir de esta convicción obtenida a la necesidad de preguntarse qué es y cómo es su existencia de hombre hispanoamericano.

Nos parece, éste, un planteamiento teóricamente justo, que proporciona al artículo de Barceló una fisonomía lúcida y rigurosa que invita a la polémica fecunda.

"Las generaciones: Narcisismo y añoranza "se llama el artículo de Fernando Uriarte.

En él, se desarrolla la idea de generación de Ortega, como método de conocimiento histórico. La fecundidad de dicho análisis ha quedado demostrada en una serie de investigaciones que, en rigor, han asumido la tarea de historia la literatura hispanoamericana. Se destacan en ella los trabajos de Cedomil Goic, quien ha superado la tradicional antimonía de historia y estructura al demostrar que las variaciones de la sensibilidad generacional regulan los cambios estructurales que se producen tanto en los estratos semánticos como en los gramaticales y afectan la concepción y función que se le asigna a la obra literaria.

Uriarte, en forma amena y sin pretensiones eruditas examina a la luz del concepto de generación el temple de ánimo de la promoción que él llama de 1931 (Teitelboim, Oyarzún), que para nosotros es la generación de 1942, que califica sugestivamente de temple de añoranzas y narcisismo, para proyectar, enseguida, este "registro de autocontemplación narcisista" a la generación siguiente la de 1943, para Uriarte; de 1950 para la crítica habitual; de 1957, para nosotros.

Como se ve, el tema generacional es polémico aun en el carácter disímil de las fechas de vigencia. Sin embargo, el método es útil, manejado rigurosamente. Es decir, en cuanto él se interioriza y se despliega en estructuras mayores, la generación viene a significar la estructura histórica mínima, pero fundante sobre la cual se despliegan la tendencia literaria y la época literaria.

Ameno, polémico y sugerente son los términos en que calificaríamos este trabajo de Fernando Uriarte.

La falta de espacio nos remite a comentar estos aspectos de **Meridiano**, cuya publicación saludamos desde las páginas de **Atenea** con los mejores augurios.

Mario Rodríguez Fernández

<https://doi.org/10.29393/At429-430-31PVMR10031>

POESIA DE VENEZUELA — N.º 67 Mayo-Junio 1974. Caracas — Venezuela.

Tenemos en nuestras manos esta hoja de poesía venezolana, bella publicación que recoge la producción lírica de habla hispana y ocasionalmente algunas publicaciones en lenguas extranjeras.

Hispanoamérica es una tierra henchida de poetas. Sobre su suelo pródigo se levanta un frondoso árbol lírico. Tal vez excesivamente frondoso. Esta revista recoge algunas de sus ramificaciones con amplia generosidad. Ello condiciona el carácter disparejo de la publicación, pero en todo caso digno y bello.

Queremos destacar de este número la figura de un poeta venezolano: Eleazar León. Su poema **las piedras** es realmente hermoso. En él se configura el proceso lírico bajo un temple de ánimo sosegado que discierne claramente el sentido del mundo a través de una oposición fundamental entre naturaleza y hombre. Esta aprehensión del mundo se expresa en un lenguaje sentencioso, afirmativo, que es el propio de la actitud lírica de la **enunciación**:

La calma permanece donde duran las piedras
Serenas se demoran
gravitando en un orden diferente del hombre
ni esperanza ni angustia
sólo un rielar inmóvil en un tiempo continuo
un aire en equilibrio
un cielo detenido

El hablante lírico se enfrenta serenamente a la objetividad poetizada (capta el mundo y lo enuncia) para contrastar la inmutabilidad y permanencia de las piedras con la existencia atormentada del hombre:

mientras tú con tu vida
y muertes juntas
te desesperas, gimes amenazas y clamas
repites a las puertas
mudas del porvenir
y no alteras
los oscuros designios
que llegan desde afuera y te inmolan sentado

La criatura humana es puesta de manifiesto por el yo lírico como un "ser arrojado en el mundo". La condiciona el mayor desamparo, la muerte se le ofrece como compañera inseparable de la vida, el mundo y el porvenir permanecen mudos, ilegibles, no es posible leer en ellos. La única realidad cierta es el sino trágico, inescrutable que acecha y ataca, y que estando más allá de la existencia no es posible dominar.

El único amparo u olvido del "carácter expuesto" de la existencia (en rigor ésta es la imagen del ser puesta de manifiesto por los versos anteriores) reside en el espacio de los sueños o en la actividad poética:

Nada te salva ni te libra
engendrarás el viento si de viento estás hecho
nada redime
tu condición marcada por signos que resbalan
sólo te alivia el sueño
o las formas del sueño que te regala el día.

"Las formas del sueño" constituye para nosotros una imagen de la creación poética, es decir, la experiencia poética es un modo de salvación del ser que lo redime de la angustia y la infecundidad de la existencia.

El otro modo de superar el carácter disperso y no fundado del ser, lo constituye para el hablante lírico, la relación profunda, ritual mejor dicho, con la naturaleza, especialmente con su fundamento de inmovilidad y sosiego:

Reverencia las piedras
inclínate solemne largamente
sobre toda
su amplitud reposada
recibirás entonces el límite profundo
donde el sosiego mana

La primera imagen, aquella de la función del espíritu creador, nos coloca en el centro de la concepción de la poesía que nutre la obra de Eleazar León. La actividad poética es un saber de salvación, una manera de centrar el ser, de anular su dispersión. Específicamente la poesía abre una dimensión del ser positiva: la posibilidad de vincularse con las fuentes nutritivas y fundentes de la naturaleza para alcanzar así la redención.

Ahora bien, este concepto y función corresponde en plenitud a la lírica surrealista, acotadamente a la primera generación que la sostiene, que se desarrolla en Hispanoamérica a partir de 1935, aproximadamente.

Podemos decir que no solamente es el caso de Eleazar León, sino que, en términos generales, la revista acoge este tipo de poesía sin abrirse mayormente a las nuevas formas poéticas.

En efecto, si examinamos los niveles de realidad poetizados, la fisonomía del yo poético, el tipo de discurso lírico que informan los diversos poemas y poetas de la Revista, veremos que ella recoge básicamente la producción de aquella generación cuya vigencia se desarrolla entre 1935 y 1950 (hablo de *vigencia*). Echamos de menos, y esto no es un reproche, sino una petición respetuosa, la presencia de la generación neorrealista —cuyo exponente más brillante y decisivo en la lírica de habla hispana es el chileno Nicánor Parra— y de la generación irrealista, entre cuyos componentes se destaca el nicaragüense Ernesto Cardenal.

Sería un factor muy positivo y dinámico para esta publicación que su prestigioso director Pascual Venegas Filardo, introdujera algunos antipoemas de Parra (y por qué no los Artefactos), y mostrara así los nuevos caminos —la antipoesía— y la inédita dimensión en que se desarrolla la poesía más viva y creadora de la actualidad.

Mario Rodríguez Fernández

HISTORIA DE COPIAPO, Sayago Moreno, Carlos María, Buenos Aires (Argentina), Editorial Francisco de Aguirre S. A., 1973.

Hace un siglo exactamente (1874), que en la Imprenta "El Atacama", en Copiapó, vio la luz lo que pudiéramos llamar la 1.^a edición de esta obra que con el correr de los años se transformó en uno de esos libros escasos